

## La enseñanza de la medicina en la Real y Pontificia Universidad de México

Germán Somolinos d Ardois

La Real y Pontificia Universidad de México, es una institución que nace vieja. Aquel sábado tres de junio de 1553 en cuya mañana Cervantes de Salazar lee su famosa oración latina, con la cual se inaugura la universidad mexicana, ésta ya cuenta sobre sí varios siglos de tradición y experiencia.<sup>1</sup> Y esto ocurre porque desde el momento de su nacimiento hereda todo el enorme caudal de sabiduría que, acumulado durante siglos, había sido hasta entonces orgullo de la extraordinaria Universidad Salmantina, una de las más antiguas y prestigiadas universidades del viejo mundo.

Tuvo el emperador Carlos V intenciones conservadoras cuando mandó redactar la Real Cédula de Fundación. Podía haber tomado como ejemplo a la Universidad Complutense, la que pocos años antes erigiera el cardenal Cisneros en Alcalá de Henares y que representaba, dentro de la enseñanza española, el espíritu moderno de las ciencias. Sin embargo, por consejo del propio virrey Mendoza, prefirió que la universidad mexicana naciera bajo el signo tradicional de la Universidad de Salamanca. Esta es la razón por la cual en las Provisiones Rurales de 1551, refiriéndose a los ordenamientos de esta nueva Universidad de México, establece que: aquellos que "estudiaren en ella gocen de las libertades de que goza el estudio e Universidad de Salamanca"; y más adelante repite a instancia del virrey Mendoza, que a los que allí estudiasen les serán concedidos "los privilegios, franquezas y libertades que así tiene el estudio e Universidad de la ciudad de Salamanca".<sup>2</sup>

De esta manera, por orden real, se produce lo que Lanning ha denominado "El trasplante de la universidad escolástica"<sup>3</sup> a las tierras de América.

Era lo natural, Salamanca representaba en el medio universitario español de mediados del siglo XVI, la tradición, la solera secular de una ortodoxia inmaculada, el santo horror a toda innovación. Frente a ella se acababa de levantar Alcalá de Henares, animada de otro espíritu, lista para beber en las fuentes intelectuales del otro lado de las fronteras y en sus aulas se podían discutir y estudiar libremente autores como Erasmo, Duns Scoto, y los críticos nominalistas.

Era una universidad innovadora aunque no heterodoxa, trataba de abrir el pensamiento español a todos los aires, a todas las corrientes, pero sin caer por ello en movimientos reformadores. De todos modos Salamanca se alarmó ante aquella novedad. La lucha contra Alcalá fue sorda y, pocos años después de su fundación, cuando ya Cisneros no existe y el grupo de espíritus selectos que allí se reuniera había desaparecido por inexorable ley de vida, el pensamiento de los estudiantes complutenses volvió al cauce de las ideas generales de España aunque para siempre los estudiantes alcalaitas se distinguieron por su espíritu abierto y sus tendencias liberales.<sup>4</sup>

Cuando la Universidad de México se inaugura, ya había pasado la época del florecimiento de Alcalá. Sin embargo, aún quedaba el resquemor de lo que fue y del espíritu con que se había formado. No nos extraña, por tanto, que el emperador buscara en otros aires menos innovadores el patrón que había de normar la vida universitaria de México.

Con el tiempo estos aires complutenses llegan a México y precisamente entre los doctores, especialmente los médicos que hacen la medicina mexicana, abundan hombres de formación alcalaita. Sin pro-



Fig. 1. Volumen del Archivo General de la Nación donde se conservan los documentos referentes a la creación de las cátedras de Medicina, desde su fundación en el Siglo XVI, hasta fines del XVII. (A.G.M. Ramo Universidad. Vol. 89).

digar los ejemplos: Cervantes de Salazar que había estudiado en Salamanca, cuando pronuncia su oración inaugural ya había desertado de las ideas salmantinas y convertido en erasmista, o más bien en vivista, estaba incorporado a la línea espiritual de Alcalá de Henares.

No consideró necesario la Universidad de México establecer cátedras de medicina en sus comienzos. Los médicos de México eran pocos y todos venían de España. Bastaba por tanto que la Universidad les incorporase sus grados y después de celebrar los actos correspondientes, se les podía otorgar el grado de bachiller, licenciado o doctor.

Así se recibieron Damián Torres, Pedro López, Juan de Alcázar y el bachiller Antonio de Soto Mayor durante los años de 1553 al 1559. Más tarde, durante el decenio de los sesenta, por el procedimiento de la incorporación se doctoraron en México Juan de la Fuente, el doctor Toro, Sebastián de Santander, Francisco Bravo y Fray Agustín Farfán. Ninguno había estudiado en México. Tenían estudios previos en España y el acto de grado o la incorporación a la Universidad de México, sólo fue una formalidad para gozar de los beneficios que dicha situación acarrearía.<sup>5</sup>

Sin embargo hacia 1570, la población auténticamente mexicana de mestizos y criollos había crecido lo suficiente para que la reducida importación de médicos españoles no bastara a cubrir sus necesidades. Por otro lado, entre estos primeros mexicanos, había ingenios interesados en seguir la carrera de medicina dentro de su país, ya que no podían costearse el elevado precio que suponía estudiar en España. Se había impuesto la necesidad de establecer cátedras de

medicina dentro de la Universidad donde hasta entonces sólo se cursaban artes, teología y derechos.

Hubo consultas, discrepancias, apoyo a la idea de una cátedra médica y durante los años 1575 a 1578 el asunto se trató en claustro varias veces hasta que se resolvió escribir al rey pidiendo la orden para crearla. No conocemos el asentimiento real. Pero el 7 de enero de 1579 el doctor Juan de la Fuente empezó a leer la cátedra *De prima* de medicina adjudicada por unanimidad en una oposición a la que no concurrieron otros candidatos.<sup>6</sup>

La solución era parcial e incompleta. La carrera de medicina constaba en aquella época, en las universidades españolas, de cuatro cátedras tituladas con nombre medievales. La citada de *Prima*, la de *Vísperas*, la de *Cirugía* y *Anatomía* y la de *Método Mendendi*. Dentro de estas cuatro cátedras quedaba incluida toda la ciencia médica. En el fondo consistía en estudiar y aprender las obras de Hipócrates y Galeno con algunas nociones de biología aristotélica y muchos datos añadidos por los estudiosos árabes durante la Edad Media.

Si el doctor De la Fuente, que por otro lado era sin duda el más calificado de todos los médicos residentes en México, aunque no nos haya legado ninguna obra impresa, se hubiese reducido a "leer" su cátedra, como entonces se decía, los estudiantes de medicina de México hubieran quedado limitados a conocer una cuarta parte de su profesión. Pero se sabe positivamente que, para evitar este inconveniente, cuando el oidor Pedro Farfán, —no confundirlo con Agustín—, redactó los estatutos internos de la Universidad ordenó que el catedrático de medicina leyese en cuatro años seguidos el contenido

completo de las cátedras correspondiente a toda la enseñanza.

Creo que bastará copiar la ordenanza de Farfán para tener una idea completa y real de los que fueron los estudios médicos al iniciarse en México; el texto de los estatutos dice así:

Y atento que esta universidad de pies no hay más que una cátedra de medicina, ordeno y mando que el catedrático lea lo siguiente:

En el primer año leera el título de *elementis et temperamentis* los capítulos más necesarios; y del libro de *"Sumoribus"* lo más necesario, y algo de anatomía; y de *"facultativo nativus"* lo que conviniere y así mismo *"de pulsibus et urina"*.

En el segundo año de *"diferentia februm"* y *"de arte curativa ad glauconem"* y *"de sanguinis missione"*.

En tercer año, *"aforismos de Hipócrates"*, lo que conviniere y el libro *"quos et quando oporteat purgari"* y el libro *"nono de Razis ad Almanzorem"*.

El cuarto año, *"de crissibus"* y *"de dies decretorius"* y algunos libros del *"Método medendi"* de Galeno.

Realmente de acuerdo con el estado de la medicina en ese momento y con la forma de enseñarla en el resto del mundo el programa no estaba ni anticuado ni insuficiente.

Sé, positivamente, que para esa fecha ya circulaban los libros de Vesalio, que Paracelso hacía ya muchos años que había escrito sus ideas, que Am-

Fig. 2. Solicitud del doctor Juan de la Fuente, para que se le otorgue la cátedra de Medicina, considerando que es el único opositor presente. (A.G.M. Ramo Universidad. Vol 9).

El doctor de la Fuente digo  
que me opositor a la cátedra  
de medicina por V. m.  
cerada en esta brevesi-  
dad y en el tiempo de los  
efectos no buo otro opositor  
por V. m. pido y suplico  
y conforme a los estatutos  
V. m. mande que se me da  
juáique y pido justia.  
El doctor  
de la Fuente

brosio Paré tenía publicada su cirugía y que sobre todo en Italia existían descubrimientos y observaciones modernas capaces de llenar una larga lista. Detrás de esos grandes innovadores recién nombrados ya eran notorias las figuras de anatómicos como Valverde de Hamusco, en España, o Colombo, Fallopio y Acquapendente en Italia. Sin embargo, y esto es un hecho que olvidan con frecuencia los historiadores, ninguna de estas aportaciones magistrales de los grandes maestros renacentistas tuvo repercusión inmediata sobre la enseñanza y la práctica de la medicina. Pasaron muchos años antes de que las observaciones de Vesalio o los detalles anatómicos de Acquapendente llegasen a ser del dominio general entre los profesores de medicina.

Si no fuera porque me salgo del tema recordaría cómo la misma circulación sanguínea, cuyo descubrimiento para nosotros constituye hoy una de las piedras angulares de la medicina, tardó casi un siglo en ser admitida por las mismas escuelas que la vieron nacer.

De manera que no tenemos motivo para tachar, por lo menos en sus comienzos, de anacrónica o retrógrada a la universidad mexicana cuando enseña medicina.

Creo que es de interés, aunque sólo sea espectacular, repasar los textos utilizados en aquellos primeros años de estudios médicos mexicanos por los alumnos del doctor De la Fuente, cuya buena y aplaudida enseñanza hizo se le renovara el nombramiento en varias ocasiones y ejerció su magisterio hasta el día de su muerte.<sup>8</sup>

Todos los textos utilizados vinieron de España, los libros de medicina editados en México, como ya

Fig. 3. Carátula del expediente para la fundación de la cátedra de Método en la Universidad de México. (A.G.M. Ramo Universidad. Vol. 9).

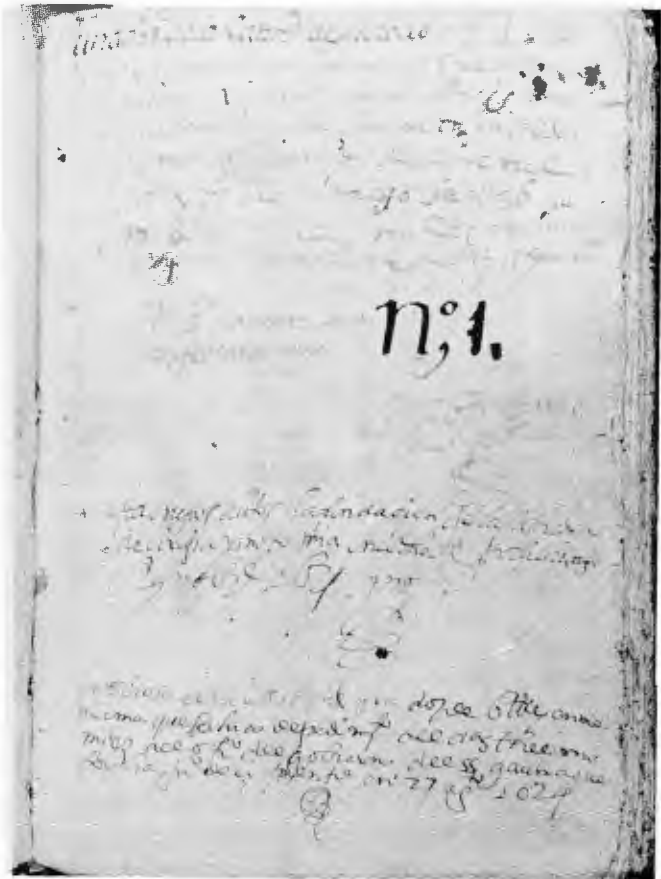
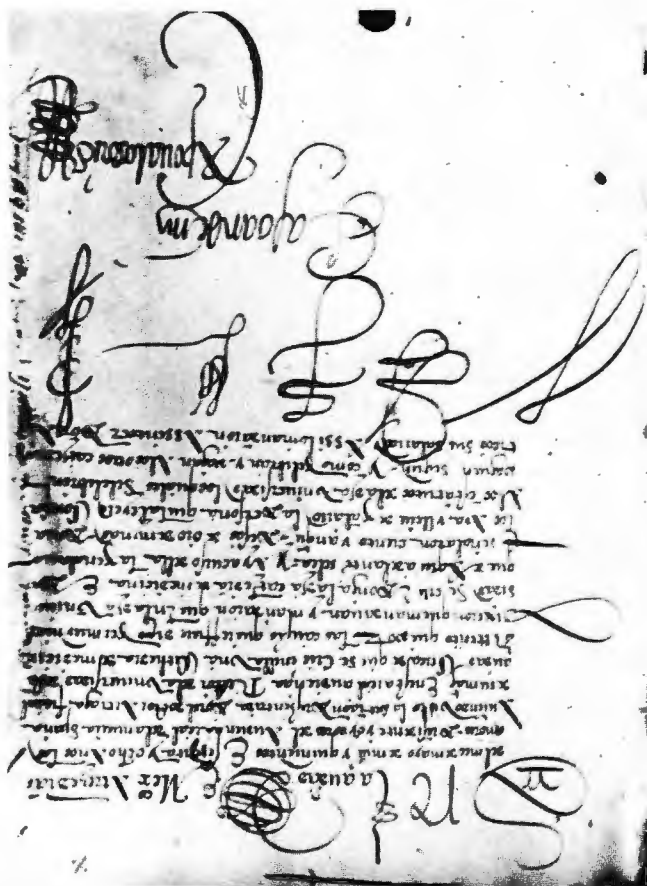


Fig. 4. Documento creando la primera cátedra de Medicina que se instituyó en la Real y Pontificia Universidad de México. (A.G.M. Ramo Universidad. Vol. 9).



hemos demostrado en varias ocasiones no eran libros de texto. En su mayor parte fueron obras divulgativas para uso de personas no doctas que por su situación tenían que ejercer como médicos en muchas ocasiones. Así son los de Hinojosos<sup>9</sup> y los de Farfán<sup>10</sup>, el mismo objeto tiene el tomito de Ximénez<sup>11</sup>, que se edita años más tarde y los que no son así, como el libro de Bravo<sup>12</sup> o los de Cisneros<sup>13</sup> y Cárdenas,<sup>14</sup> son trabajos de tipo médico más elevado pero sin propósitos de enseñanza. Tal vez el único de los libros, que tampoco es de texto, pero que pudiera haber sido utilizado para ese objeto es el libro de Juan Barrios, obra verdaderamente monumental en tamaño, erudición y datos.<sup>16</sup>

No creo que ninguno de estos libros, ni siquiera el Barrios, llegara nunca a las aulas. El texto tenía en aquella época un prestigio tan definido y una fuerza tradicional tan marcada, que dentro de su tema se consideraba como algo intocable e insuperable. Los que ya no somos jóvenes hemos alcanzado aún durante nuestros estudios la magia penetrante del texto, que debía aprenderse de memoria, sin discrepancias ni modificaciones, ser aceptado como dogma intangible y de cuya pureza era guardián y vigilante continuo el solemne catedrático de la asignatura. Un solo ejemplo, todavía actual, es el Testut.

Pues bien, como digo, los libros vinieron de Europa y fueron los mismos, con ligeras discrepancias, que se usaban en Italia, en Francia y en las universidades de España. Tal vez sea el doctor Izquierdo el autor mexicano que más se ha ocupado de rastrear los textos usados en las primitivas lecciones médicas de México. Gracias a sus estudios e investigaciones podemos hoy conocer algunos de ellos que durante

decenios e incluso siglos, sirvieron para adoctrinar a los futuros médicos mexicanos.<sup>17</sup> Una reciente investigación nuestra llevada a cabo por invitación de la Biblioteca Nacional suministró nuevos datos sobre textos médicos utilizados en México desde mediados del siglo XVI hasta el primer tercio del XVII.<sup>18</sup>

La diligencia del doctor Izquierdo le llevó a descubrir que desde los primeros tiempos el texto galénico más utilizado había sido la notable edición veneciana que hizo Guiunti en 1576 y del cual existen en la Biblioteca Nacional y en la de la Facultad de Medicina, varios ejemplares.<sup>19</sup>

A este libro clásico en la enseñanza galénica, nosotros hemos podido añadir la seguridad de otras ediciones que probablemente por su menor costo o por ser más modernas, también fueron utilizadas. No hay duda de que el notable Galeno comentado por Juan Gunter de Andernach se usó en México, por lo menos durante los primeros años universitarios e incluso hasta fines del siglo XVI.<sup>20</sup> Y es evidente que las obras galénicas de Francisco Valles<sup>21</sup> y de Andrés Laguna<sup>22</sup> llegaron a manos de los estudiantes mexicanos de la misma manera que se difundieron extensamente por todas las universidades de España, y consta cómo en años posteriores, ya en principios del siglo XVII se empezaron a utilizar con fines de enseñanza los libros de García Carrero el famoso maestro complutense.<sup>23</sup>

Respecto a Hipócrates, pudo también el doctor Izquierdo comprobar cómo la edición más utilizada había sido la que en 1546 publicó Broben en Basilea con anotaciones de Juan Cornaro, libro del cual se conserva todavía un ejemplar en la Biblioteca Nacional, y otro, señalado como el: "*libro con las obras*

*de Hipócrates que sirven para dar puntos*", en el Archivo General de la Nación.<sup>24</sup>

Son importantes también las ediciones de Avicena usadas durante esos primeros años en la Facultad de Medicina. Avicena es uno de los autores más editados en los primeros tiempos después de inventada la imprenta. Solamente incunables se conocen más de veinte ediciones. En México se han conservado algunos ejemplares de "avicenas" editados en el siglo XVI y principios del XVII. Creo que fueron éstos, y no las monumentales y lujosas ediciones italianas, las que se usaron por los estudiantes mexicanos. Lo cual no modifica en nada la calidad de la enseñanza pues en general casi todas las obras de Avicena descendían de la traducción que hiciera Gerardo de Cremona en el siglo XII poniendo los trabajos del médico persa en latín.

Sin embargo era tradición en las universidades españolas que en el examen de grado y para tomar los puntos se usará el famoso Avicena editado en Venecia en 1523, comentado por los más notables médicos italianos y todavía yo he alcanzado a ver algunos ejemplares, uno en la Academia de Medicina de Madrid y otro en los fondos que fueron Biblioteca de la Universidad de Alcalá de Henares y hoy están en la Biblioteca de la Facultad de Medicina de Madrid.

Lo más probable es que la obra de Avicena llegara a los estudiosos de México a través de ediciones como la Juan Hervagios de 1556 de la cual hubo, hasta hace pocos años, un ejemplar, hoy perdido, en la Biblioteca Nacional<sup>25</sup> o las de Miguel Capella que de la misma manera que los comentarios sobre Avicena de Miguel Jerónimo de Ledesma estaban impresas en España y circularon mucho.<sup>26</sup> Ya en épocas

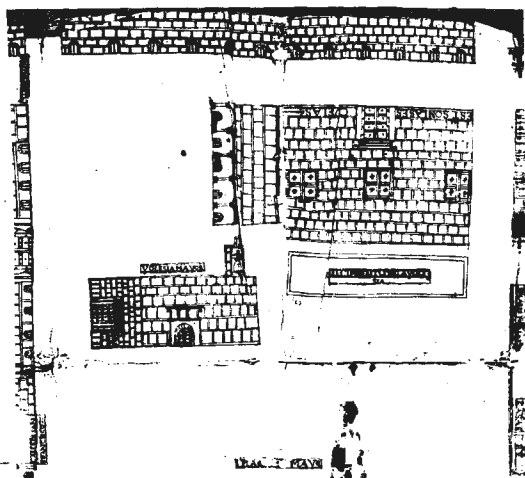


Fig. 5. Fragmento de un plano de la Plaza Mayor de México, dibujado entre 1562 a 1566, donde aparece el lado norte con la "Iglesia Mayor", dando cara a la Plaza, a un lado está señalado "El cimiento de la Iglesia", o sea el lugar donde se preparaba la edificación de la Catedral, y detrás con la fachada a la calle de Tacuba aparece un edificio de piedra señalado como "Estas son las Escuelas", lo que viene a indicar que aquí fue el primer asiento de la Universidad de México. El original de este plano se encuentra en el Archivo de Indias de Sevilla, y la presente reproducción pertenece al archivo fotográfico del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México.

posteriores es indudable que se utilizaron las *Disputationes medicae* de Pedro García Carrero, autor que ya citamos y que influyó extraordinariamente en toda la enseñanza médica de habla española.<sup>27</sup>

En cuanto a Aristóteles, la enseñanza de las ideas de este autor pertenecían al curso de *artes*, previo a la carrera, y más tarde venían implícitas en las obras galénicas, y principalmente, en las avicénicas pues en el plan de estudios de Farfán no existe concretamente nada aristotélico. Sin embargo se usaron libros dedicados al saber aristotélico en sus aspectos biológicos, y volviendo otra vez a las acuciosas investigaciones del doctor Izquierdo, todavía existen en la Biblioteca Nacional algunas ediciones aristotélicas con seguridad utilizadas por los estudiosos de la medicina durante el último tercio del siglo XVI, y que contienen los trabajos de este autor sobre los animales.<sup>28</sup>

No cabe duda sobre las amplias facultades y el enorme prestigio que debió de poseer el doctor De la Fuente como catedrático pues durante los diez y siete años que leyó la cátedra fue el único maestro de las cuatro generaciones de médicos egresados en ese tiempo de las aulas. Apenas fallecido, la universidad se encuentra con el problema de no encontrarle sustituto digno y la mejor prueba que de ello tenemos es que se tiene que crear una nueva cátedra, ahora de "vísperas", para la que opositaron varios médicos, entre ellos el notable Juan de Cárdenas, que perdió la oposición por un voto, adjudicándosele la plaza a Juan de Placencia para que compartiese la enseñanza con Juan de Contreras que había sucedido a De la Fuente en la cátedra.

El plan de estudios siguió inmutable pero no pasaron muchos años sin que por influencias interesadas unidas a la necesidad de cumplir una orden real se moviera la creación de nuevas cátedras esta vez la de anatomía y cirugía y la de "método" o terapéutica. Sería muy largo relatar los dimes y dires que se produjeron con motivo de su implantación y además no tendría objeto pues están perfectamente estudiados por el doctor Fernández del Castillo.<sup>29</sup>

En cambio es interesante hacer algunas consideraciones sobre lo ocurrido en esos años. Con las nuevas cátedras quedaba completa la enseñanza. Y por un fenómeno que ya hemos estudiado en otra ocasión la Facultad de Medicina pasó a convertirse en rectora y centro médico principal del país en estrecha colaboración con el protomedicato que ostentaba la representación oficial.

Hasta principios del siglo XVII la Universidad no tuvo prácticamente participación en la vida médica

del país. Los grandes hechos médicos de esa época como la exploración de Hernández, la fundación de hospitales, la impresión de libros, etc., se producen siempre al margen de la Universidad y por figuras de la medicina casi siempre ajenas a la enseñanza. Sin embargo a partir de 1621 todo se centra en la vida universitaria y desde entonces todas las manifestaciones médicas de interés son producto de médicos o cirujanos que pertenecen al claustro universitario.

Esto no trajo ninguna ventaja. La enseñanza médica que al implantarse pudimos decir sin exagerar que era moderna y adecuada, se estancó dentro de la rigidez establecida por los estatutos y reglamentos universitarios convirtiéndose en una labor rutinaria sin iniciativas ni mejoramientos. Es cierto que a partir de 1645 el obispo Palafox y Mendoza dictó nuevos estatutos universitarios, trató en ellos de mejorar la enseñanza médica e impuso la práctica de disecciones anatómicas, hasta entonces sólo practicadas de manera esporádica y más bien con fines anatómopatológicos que didácticos. Pero el mal de la Universidad ya estaba establecido, la calidad de los maestros había descendido, no por culpa de ellos, sino porque la institución seguía el mismo ritmo de caída vertical que se estaba produciendo en todas las manifestaciones de la vida española.

Basta repasar la colección de tesis de grado correspondientes al siglo XVII y primera mitad del XVIII para comprobar cómo la enseñanza viva y actual del siglo XVI se había, prácticamente, momificado en una rutinaria y arcaica fábrica de titulados y aunque es verdad que la colección de tesis mexicanas de ese siglo es una de las más bellas muestras de tipografía barroca que se pueden encontrar en la historia

de la imprenta en América, también es verdad que entre todas ellas no existe una sola tesis que afronte ninguno de los temas que en esos años ya eran de dominio público en las universidades de Europa. Se mantienen, lo mismo que cien años antes, discutiendo aforismos o interpretando autores mediante la más rígida lógica escolástica riquísima en silogismos y sutilezas dialécticas.

Para colmo de desgracias se pierde también el interés por los textos clásicos. No podemos afirmar que las bellas obras usadas como textos médicos en los primeros tiempos de la enseñanza médica mexicana se abandonaran totalmente, pero si podemos comprobar que por los mismos intereses que siempre han movido a los catedráticos en la producción de obras para la enseñanza, se produjeron algunos libros destinados a simplificar y facilitar la labor del alumno.

Solamente voy a comentar uno al cual considero como prototipo de esta clase de publicaciones. Me refiero a los *Principia Medicinae Epitome et totius humani Corporis Fabrica*, que escribió en 1685 el doctor Diego Ossorio y Peralta catedrático de vísperas en la Facultad de Medicina y protomédico de la Nueva España.

Su autor no fue un hombre indocto; no le faltaba tampoco el gusanillo de la inquietud espiritual por investigar y descubrir cosas nuevas, hizo autopsias, disecó cadáveres, y el mismo hecho de escribir un libro demuestra que pensaba tener algo que decir a sus contemporáneos. Sin embargo, su libro resulta lamentablemente anticuado y anacrónico. Toda su anatomía está desarrollada sobre una base totalmente medieval, inspirada en Guido y en los clásicos. La única novedad que podemos encontrar



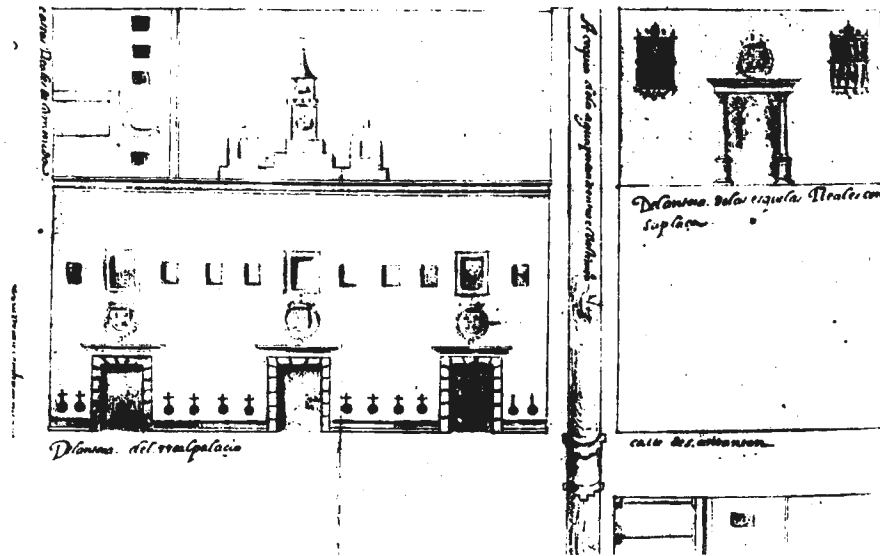


Fig. 6. Fragmento de un plano de la Plaza Mayor de México en 1596, en el cual se aprecia la "Delantera del real palacio", entre las "casas reales de la moneda" y la "acequia de la agua por donde entra el bastimento". Al otro lado de la acequia aparece el edificio de la Universidad descrito como: "Delantera de las esquelas Reales con su plaza". La plaza está limitada al poniente por la "calle de Sant Antón" y hasta épocas muy recientes fue conocido como Plazo del Volador. El plano original se guarda en el archivo General de Indias de Sevilla. La presente reproducción pertenece al archivo fotográfico del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México.

es la cita de Realdo Colombo, pues ni la de Fragoso ni la de Daza Chacón representaban nada nuevo cuando se publicaron un siglo antes. Colombo sí era una novedad en su época. Discípulo de Vesalio había recogido y divulgado muchas enseñanzas de su maestro y además fue el primer médico que demostró sobre el cadáver las ideas de la circulación sanguínea expuestas por Servet.<sup>30</sup>

Nada de esto lo recoge Ossorio, no modifica en nada las ideas galénicas que desde más de un siglo antes estaban en entredicho y olvida, o ignora, autores tan importantes dentro del ámbito español como Juan Valverde de Hamusco cuya obra, popular en España, había servido en toda Europa de confirmación y refuerzo a la labor de Vesalio.

Por no alargar, ya que el juicio tendría que ser muy similar y además ya está publicado en notable

libro del doctor Izquierdo, no me refiero al *Cursus medicus mexicanus*, de Marcos José Salgado que representa en el campo fisiológico lo mismo que el de Ossorio en el aspecto anatómico.<sup>31</sup> Fue una época desdichada de atraso, de mala enseñanza, y en general de poco o ningún interés de superación que se extiende desde el segundo tercio del siglo XVII hasta pasada la primera mitad del XVIII. Hubo hombres notables en esos años, no podemos olvidar lo que yo he llamado la familia Brizuela-de la Peña, que acaparó la enseñanza y el protomedicato durante muchos años, el mismo Ossorio, ya citado; Juan de Correa, Marcos Salgado, y otros muchos más que dejaron obra local y reducida, pero suficiente para demostrarnos que no todo era abulia y desinterés. Es la misma época en que se crea una nueva cátedra en la Facultad, la de astrología y matemáticas, instaurada en 1637 y por la cual pasaron figuras de interés, pero ninguna tan importante como Don Carlos de Sigüenza y Góngora que no obstante la existencia de Sor Juana, representa sin ninguna duda el espíritu más abierto y más preparado de todo el movimiento científico e intelectual del siglo XVII en México.

Como se habrá podido observar, voy a grandes saltos, sin profundizar en muchos temas que merecerían por sí solos un libro. Pero quiero dar una imagen completa, aunque rápida, de la evolución de la enseñanza en la universidad colonial y no podría hacerlo de otra forma.

La situación atrasada, con poca o ninguna evolución en la enseñanza y mantenida dentro de las rígidas normas instituidas en siglos anteriores se mantuvo casi estática hasta el último tercio del siglo

XVIII. No es que entonces el poder central, la corona, legislara nada nuevo capaz de modificar la enseñanza, sino que fueron algunos de los propios hombres que regenteaban las cátedras universitarias los que saliéndose de la norma establecida trataron de modernizar y de adaptar a la época sus lecciones.

El impulso original fue extrauniversitario. Empezó a partir del notable grupo de jesuitas ilustrados empeñados en conciliar el dogma con la razón, sus trabajos fueron trascendentes dentro del campo filosófico y coincidieron con la tenaz y sostenida lucha que mantuvo el fraile oratoriano Díaz de Gamarra por introducir en México las ideas cartesianas de las que se había impregnado durante un viaje por Europa.

Dentro de la Facultad, estas ideas nuevas, tuvieron como representante a José Ignacio Bartolache. No podemos ni siquiera esbozar esta figura que dentro de la medicina mexicana, no obstante su dispersión, su vida irregular, su continua discordia con la Universidad y la variedad de sus escritos, dejó una honda huella seguida más tarde por otros espíritus semejantes.<sup>32</sup> Pero sí es indispensable recordar cómo influyó de manera decisiva en la enseñanza al enfrentarse con las ideas tradicionales, al dudar y negar la autoridad de Aristóteles y otros sabios antiguos, al introducir conocimientos modernos de hechos técnicos y científicos apenas desarrollados en Francia y al insistir en la forma verdadera de llevar a cabo el avance de las ciencias mediante la observación de los fenómenos naturales. Le ayudó en esta tarea el haber publicado a sus expensas una revista científica, el *Mercurio Volante*, primera publicación periódica sobre temas médicos que aparece en el continente americano.<sup>33</sup>

Resulta curioso observar cómo el movimiento ilustrado toma cada día más arraigo en el grupo intelectual mexicano del último tercio del siglo XVIII y principios del XIX. Desde la implantación de la Escuela de Cirugía, se suceden acontecimientos cada vez más acordes con la época, más claramente impregnados de espíritu ilustrado y de mayor avance y superación científica. La expedición científica de Martín Sessé y sus muchas derivaciones como el jardín botánico, las clases de Vicente Cervantes y las exploraciones de Mociño que son en espíritu, semejantes a los trabajos que por esos mismos años se producen en Francia. La fundación de la Escuela de Minería. La expedición de la vacuna y la visita de Humboldt a México marcaron la incorporación de los científicos mexicanos a la ciencia de su época y son muchos más de los que hoy podemos señalar, los que desde el primer momento se sintieron atraídos por las ideas nuevas y por las investigaciones basadas en la observación y estudio razonado de la naturaleza.

Sin embargo la isla universitaria, y concretamente la Facultad de Medicina, resultó casi inmune a todo el movimiento renovador. Todavía podemos escuchar el eco de lo que fueron las enconadas polémicas y luchas entre la Universidad y la Escuela de Cirugía, las controversias entre los miembros de la expedición Sessé y algunos catedráticos universitarios. Pero yo creo que estas noticias espectaculares, fáciles de divulgar y de creer no son todo lo fidedignas que debieran.<sup>34</sup>

Imposible negar que dentro de la Facultad con su arcaico estilo y anacrónicos textos, imperaba una ideología casi medieval mantenida por espíritus tradicionalistas enemigos del progreso. Estos eran

los autores de las polémicas, de la defensa de clases, los defensores de la inamovilidad científica. Pero junto a ellos, en una penumbra que casi los oculta podemos encontrar ya por esos mismos años muchos hombres impregnados de espíritu moderno. No gritan, no aparecen en ningún primer plano, no son protomédicos ni decanos, no ostentan cargos vistosos, pero están laborando. El más espectacular, el más aparente de este grupo de opositoristas es Luis Montaña. No necesito describirlo pues existe un voluminoso y notable estudio de su figura y de su obra que yo no podría mejorar.<sup>35</sup> Sufrió y luchó, fue víctima de sus creencias, pero tuvo la energía y la fuerza suficiente para mantenerse firme y crear escuela.

A los otros los conocemos por sus hechos y por su actuación posterior. Cuando ya bien entrado el siglo XIX pero antes de que se clausure la Facultad, se cambió en la cátedra de *prima* el viejo texto hipocrático por la anatomía de Bichat, no es una simple coincidencia sino es la prueba de que existían intereses e inquietudes de progreso entre maestros y alumnos.

Y finalmente en 1833 Gómez Farías, médico ilustrado, profundo conocedor del atraso universitario mexicano cierra la Facultad. ¿Cómo podríamos explicarnos si no hubiera existido esa inquietud espiritual y ese interés por la ciencia médica moderna, que aquellos hombres: Liceaga que había sido catedrático de *prima* y de *vísperas*, Rodríguez Pueblita, que también lo fue de *vísperas*, Agustín Arellano que leía anatomía y cirugía y el notable Ignacio Erazo, por no citar más, pudiesen de la noche a la mañana, después de estar educados en una ciencia tan anticuada y retrógrada convertirse en catedráticos de unas enseñanzas que se llamaban clínica, patolo-

gía interna, fisiología e higiene, etc., y cuyo desempeño estuvo perfectamente acorde con el estado de la ciencia médica de su momento según podemos comprobar en las páginas del notable *Periódico* de aquella primera Academia de Medicina donde todos ellos colaboraron con entusiasmo y asiduidad?

Estas reflexiones y estos hechos nos llevan a una conclusión tal vez un poco diferente a lo que de manera tradicional y rutinaria se viene aceptando como dogma histórico cuando se trata de la medicina en la Real y Pontificia Universidad de México.

Para mí, nació de acuerdo con su época. Indudable e innegable que a partir del siglo XVII cayó en un estado de marasmo intelectual que había de durar hasta que por anacrónica e inútil fue necesario clausurar dos siglos más tarde. Pero es evidente que dentro de la Universidad, dentro de aquella Facultad de Medicina, donde las normas medievales predominaron por encima de todo propósito de avance y mejoramiento, hubo siempre un grupito pequeño, oscuro, semisilencioso que mantuvo encendida la llamita del interés desde que la encendiera el doctor De la Fuente hasta que su último heredero, Casimiro Liceaga, la pudo convertir en la gran fogata que había de iluminar el camino de la medicina moderna de México.

Sobre la historia de la universidad aconsejamos consultar las recientes obras de Alberto María Carreño, *La Real y Pontificia Universidad de México, 1536-1865*, (Ed. U.N.A.M. México, 1961) y *Efemérides de la Real y Pontificia Universidad de México*, (Ed. U.N.A.M. México, 1963).

2. La historia del proceso de la fundación de la Universidad de México con sus múltiples facetas ha sido motivo de muchas publicaciones. Aconsejamos, la de Sergio Méndez Arceo, La Real y Pontificia Universidad de México. Antecedentes, tramitación y despacho de las Reales Cédulas de erección. (Ed. del IV Centenario de la Universidad de México, México 1952), en el primero de los libros citados de Angel María Carreño también aparece con todo detalle. Las Reales Cédulas donde se establece la universidad aparecen copiadas en el libro de Méndez Arceo y no debemos olvidar, aunque en realidad no se trate de una historia sino de una recopilación indispensable al historiador de la universidad mexicana, el libro de John Tate Lanning, Reales Cédulas de la Real y Pontificia Universidad de México de 1551 a 1816. (Ed. Imprenta Universitaria, México, 1946).
3. John Tate Lanning, Academic Culture (1940) citado por Méndez Arceo, pág. 13.
4. Sobre lo que representó la Universidad Complutense y su trascendencia en la cultura española del siglo XVI véase: Marcel Bataillon, Erasmo y España, (Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1950) y Alberto Jiménez, Selección y Reforma (Ed. El Colegio de México, México, 1944).
5. La mayor parte de las actas donde se describen los actos de grado de estos primeros médicos de México aparecen recogidas en el libro de Francisco Fernández del Castillo La Facultad de Medicina según el Archivo de la Real y Pontificia Universidad de México, (Ed. del IV Centenario de la Universidad de México, México, 1953).
6. En el libro citado en la nota anterior del doctor Fernández del Castillo en las págs. 86-96 aparecen reproducidos los documentos conservados en el Archivo de la Universidad sobre la creación y forma de ser cubierta la cátedra de medicina en el siglo XVI.
7. Ibid. p. 98.
8. Ibid. p. 94-95.
9. Alonso López de Hinojosos, Summa y recopilación de Chirugia con un arte para sangrar muy útil y provechoso, (México, por Antonio Ricardo, 1578) y Summa y recopilación de Chirugia, con un arte para sangrar y examen de Barberos. (México, en casa de Pedro Balli, 1595).
10. Agustín Farfán, Tractado breve de Anathomía y Chirugia y de algunas enfermedades... (México, en casa de Antonio Ricardo, 1579); Tractado breve de medicina y de todas las enfermedades. (México, en casa de Pedro Ocharte, 1592), reeditado en imprenta de Gerónimo Balli en 1610.
11. Francisco Ximenez. Quatro libros de la naturaleza de las casas... (México, en casa de la viuda de Diego López Dávalos 1615).
12. Francisco Bravo, Opera medicinalia, (México, por Pedro Ocharte, 1570).
13. Diego Cisneros, Sitio, naturaleza y propiedades de la ciudad de México. (México, en casa de Juan Blanco de Alcázar, 1618).
14. Juan de Cárdenas, Primera parte de los problemas y secretos maravillosos de las Indias, (México, en casa de Pedro Ocharte, 1591).
15. Juan de Barrios, Verdadera medicina, cirugía y astrología, (México, por Fernando Balli, 1607).
16. José Joaquín Izquierdo, Balance cuatricentenario de la fisiología en México, (Ed. Ciencia), México, 1934.
17. Germán Somolinos d'Ardois, "Médicos y libros en el primer siglo de la Colonia", Boletín de la Biblioteca Nacional (México) En prensa.
18. El libro encontrado por el doctor Izquierdo es Galeni, Omnia quae extant operá in latinum sermonem conserva. (venettis, Apud Iuntas MDLXXXVI. El ejemplar que se encuentra en la Biblioteca de la Facultad contiene una nota autografiada en una de las portadas donde dice haber pertenecido al doctor Cayetano de Arinendauz. El "Galeno" editado en esa fecha por Giunti corresponde a la quinta edición de la obra efectuada por el mismo editor.
19. Claudii Galeni pergameni de Anatomicis administrationibus libri novem, Ioanne Guinterio Andernaco Medico interprete. (Parisiis Apud Simonem Colinaeum, 1531):
20. De Francisco Valles circularon el Claudii Galeni Pergameni de locis patientibus, libri sex cum scholis Francisci Valesii Covarrubiani in schola complutensi professoris publici, editado en Lyon en 1551 y 1559; el Galeni ors medicinalis comentariis editado por Andrés Angulo en Alcalá de Henares en 1567 y una gran cantidad de trabajos parciales sobre temas galénicos que aparecen entre los años 1551 a 1592 que

- pueden encontrarse reseñados y en parte descritos en la obra de Eusebio Ortega y Benjamín Marcos, Francisco de Valles (El Divino), (Madrid, España, Imprenta Clásica Española, 1914).
22. Las obras galénicas de Andrés Laguna son muchas, aparecen reseñadas en el notable estudio del doctor Teófilo Hernando: Vida y labor médica del doctor Andrés Laguna. (Ed. Instituto Diego de Colmenares, Segovia, España, 1960) Entre los que con seguridad llegaron a México están: Epitomes Omnium Galeni pergameni operum, editado en Venecia por Jerónimo Scotum en 1548, y reeditado en varias ocasiones y el Annotationes in Galeni intérpretes... también aparecido ese mismo año en la misma imprenta y reeditado por lo menos otras dos veces.
  23. Pedro García Carrera, Disputationes medicae, super libros Galeni de locis affectis, (Alcalá de Henares en la Imprenta de Justo Sánchez Crespo, 1605). Se reeditó en 1611.
  24. Hippocratis Cui medicorum omnium longe principis, opera... per Ianum Cornarium... (Froben, Basilea, 1546). El libro del Archivo General de la Nación también fue descubierto por el doctor Izquierdo que se refiere a él en su Balance Cuatricentenario de La Fisiología en México, (Ob cit.), páginas 33 y 56.
  25. El ejemplar de Avicena a que nos referimos era el Liber Canonis de Medicinis cordialibus et cantica, editado por Joan Hervagios en 1556 cuya ficha aún figura en el catálogo de la Biblioteca Nacional sin que se haya podido localizar el libro, que ya estaba perdido en 1955 cuando el doctor Izquierdo publicó su obra Montaña y los orígenes del movimiento social y científico de México, [Ed. Ciencia, México, 1955]. pág. 63.
  26. El libro del maestro Miguel Capella se publicó en 1514 y en realidad era un epitome de Avicena, en cuanto al de Miguel Jerónimo Ledesma, cuyo título era Primam primi canonis Avicennae sectionem ad arabican veritatem interpretatus est apareció en 1547.
  27. Pedro García Carrera, Disputationes medicae super Fen I libri primo Avicennae. (Alcalá de Henares, en la imprenta de Juan Graciani, 1611).
  28. Aristotelis libri omnes ad animalium cognitionem... (Venetis apud Iuntas MCLXXIII).
  29. Los detalles de estas oposiciones y nombramientos pueden encontrarse en el citado libro de Fernández del Castillo, La Facultad de Medicina, páginas 26 a 36 y 128 a 142.
  30. De este libro se conserva un ejemplar en buen estado en la Biblioteca Nacional y también puede consultarse en el facsimil del Corpus operum medicinalium mexicanum, de la Universidad Nacional.
  31. El estudio sobre Marcos José Salgado y lo que representa en la historia de la medicina y de la fisiología mexicana aparece en extenso en el ya citado libro del doctor Izquierdo: Balance cuatricentenario, págs. 57 a 116.
  32. Sobre José Ignacio Bartolache deben consultarse los trabajos de Francisco Fernández del Castillo, "La ilustración del siglo XVIII en México y el doctor José Ignacio Bartolache", Sinopsis, Vol. VI, n. 2 (31), marzo-abril 1955; y "La inquieta vida del doctor Bartolache", El Médico, marzo de 1967, pp. 49-56 y abril 1957, pp. 54-62.
  33. Sobre lo que representa el Mercurio volante dentro de la literatura médica debe consultarse: Fernández del Castillo, "Historia de las revistas médicas en México", Gaceta Médica de México, Vol. LXXXIII n. 3 mayo-junio 1953, pp. 229-244.
  34. En el libro de Izquierdo, Montaña, (ob. cit.) se pueden encontrar muchos datos sobre las enemistades suscitadas con motivo de la expedición científica y en la cirugía mexicana en el siglo XVIII, de Rómulo Velasco Ceballos [Ed. Secretaría de Salubridad y Asistencia] México, 1949, aparecen muchos documentos oficiales en los que se aprecian claramente las relaciones tirantes entre las escuelas médicas de México.
  35. Ver nota 25.